

7-11
años

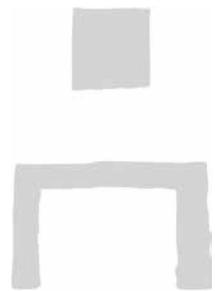
serie
El gallo pelón

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Siglic Gutiérrez
Ilustrado por Alí Giovanni Ferrer

El lago del buchón Luis





© SIGLIC GUTIÉRREZ
© DE LA ILUSTRACIÓN: ALÍ GIOVANI FERRER
© FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2018 (DIGITAL)

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR, TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,
CARACAS - VENEZUELA 1010.
TELÉFONOS: (0212) 768.8300 / 768.8399

CORREOS ELECTRÓNICOS
ATENCIÓN AL ESCRITOR FEPR@GMAIL.COM
COMUNICACIONES PERRO Y RANA@GMAIL.COM

PÁGINAS WEB
WWW.ELPERROYLARANA.GOB.VE
WWW.MINCULTURA.GOB.VE

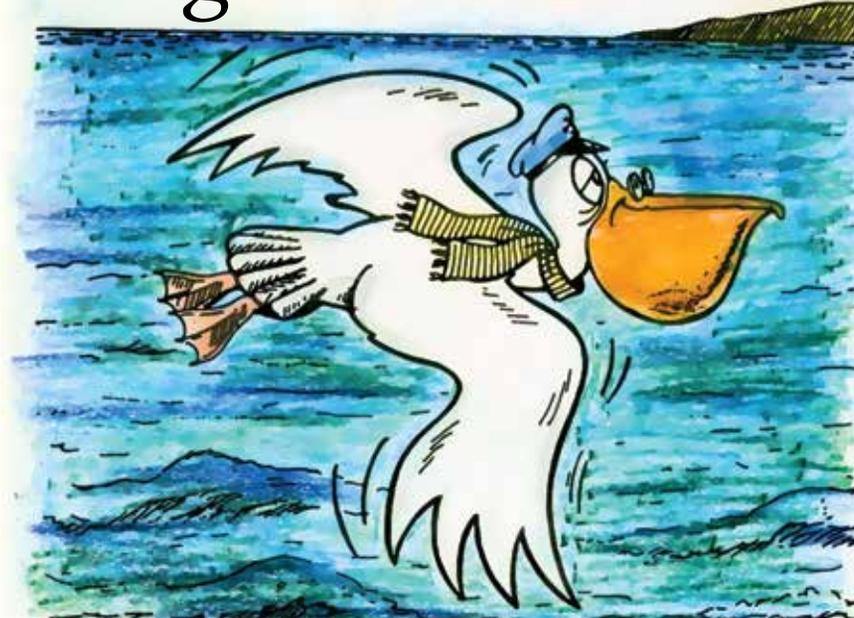
REDES SOCIALES
TWITTER: @PERROYRANALIBRO
FACEBOOK: FUNDACIÓN EDITORIAL ESCUELA EL PERRO Y LA RANA

DISEÑO DE COLECCIÓN: MÓNICA PISCITELLI
EDICIÓN: EDGAR ABREU
CORRECCIÓN: NINOSKA ADAMES
DIAGRAMACIÓN: DAVID DÁVILA

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: DC2018000677
ISBN: 978-980-14-3281-4

Siglic Gutiérrez
Ilustrado por Alí Giovanni Ferrer

El lago del buchón Luis



PRESENTACIÓN

COLECCIÓN CAMINOS DEL SUR

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REINAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO. EN ÉL LA LECHE ES TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE RATONES QUE JUEGAN A COMER MONTAÑAS. DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CABALLO Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ESCAPARATE, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA. ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DE NIÑOS Y NIÑAS EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS Y NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE CAMINOS QUE AVANZAN HACIA REALIDADES POSIBLES.

EL GALLO PELÓN ES LA SERIE QUE RECOGE TINTA DE AUTORAS Y AUTORES VENEZOLANOS. EL LUGAR EN EL QUE SE ESCUCHAN VOCES TROVADORAS QUE RELATAN LEYENDAS DE ESPANTOS Y APARECIDOS DE NUESTRAS TIERRAS, LA MITOLOGÍA DE NUESTROS PUEBLOS INDÍGENAS Y TODO CANTO INAGOTABLE DE IMÁGENES Y RITMOS.

LOS SIETE MARES ES LA SERIE QUE TRAE COLORES DE TODAS LAS AGUAS, VIENE A NUTRIR LA IMAGINACIÓN DE NUESTROS NIÑOS Y NIÑAS CON OBRAS QUE HAN MARCADO LA INFANCIA DE MUCHAS GENERACIONES EN LOS CINCO CONTINENTES, TEXTOS QUE CONTRIBUYEN AL RESCATE DE TRADICIONES CULTURALES Y A LA CELEBRACIÓN DE LO OTRO.

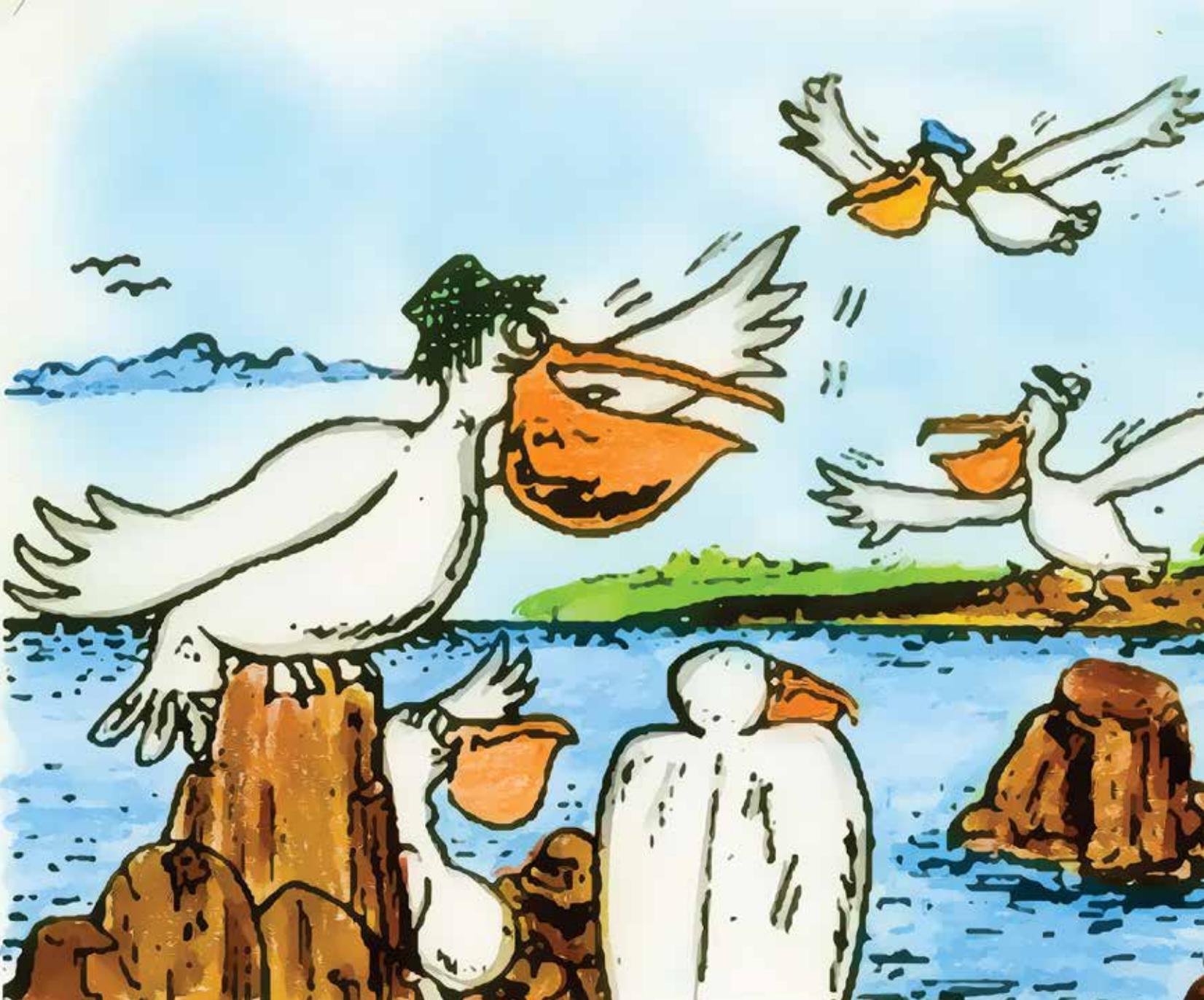
Agradecimiento

A mis nietos Eric Jhosep Gutiérrez, Enmanuel Gutiérrez, Alejandro Gutiérrez y Katherine Gutiérrez. Y a las niñas Emely Nava, Estefany Nava y Eleany Nava, quienes aportaron su musa artística para colorear los hermosos dibujos del ilustrador Ali Geovani Ferrer.

A mi esposa por su dedicada supervisión en el contenido y concepción artística.



Los años que tenía el buchón Luis sin visitar el lago de Maracaibo le traían recuerdos borrosos pero hermosos.



Recordaba cómo sus costas blancas le encandilaban desde lo alto cuando pasaba por Caimare Chico. Se acercó a la isla de San Carlos para conocer qué tanto había cambiado, y percibió que estaba como siempre. Vio a sus sobrinos en la parte más estrecha de la entrada, al frente de la capitanía del puerto. Se les acercó para saludarlos, y el único que lo reconoció fue el mayor de ellos.

—¡Hey Juancito, mirá quién está aquí... tu tío Luis! —dijo uno.

—¡Hola muchachos! —les gritó el buchón Luis.



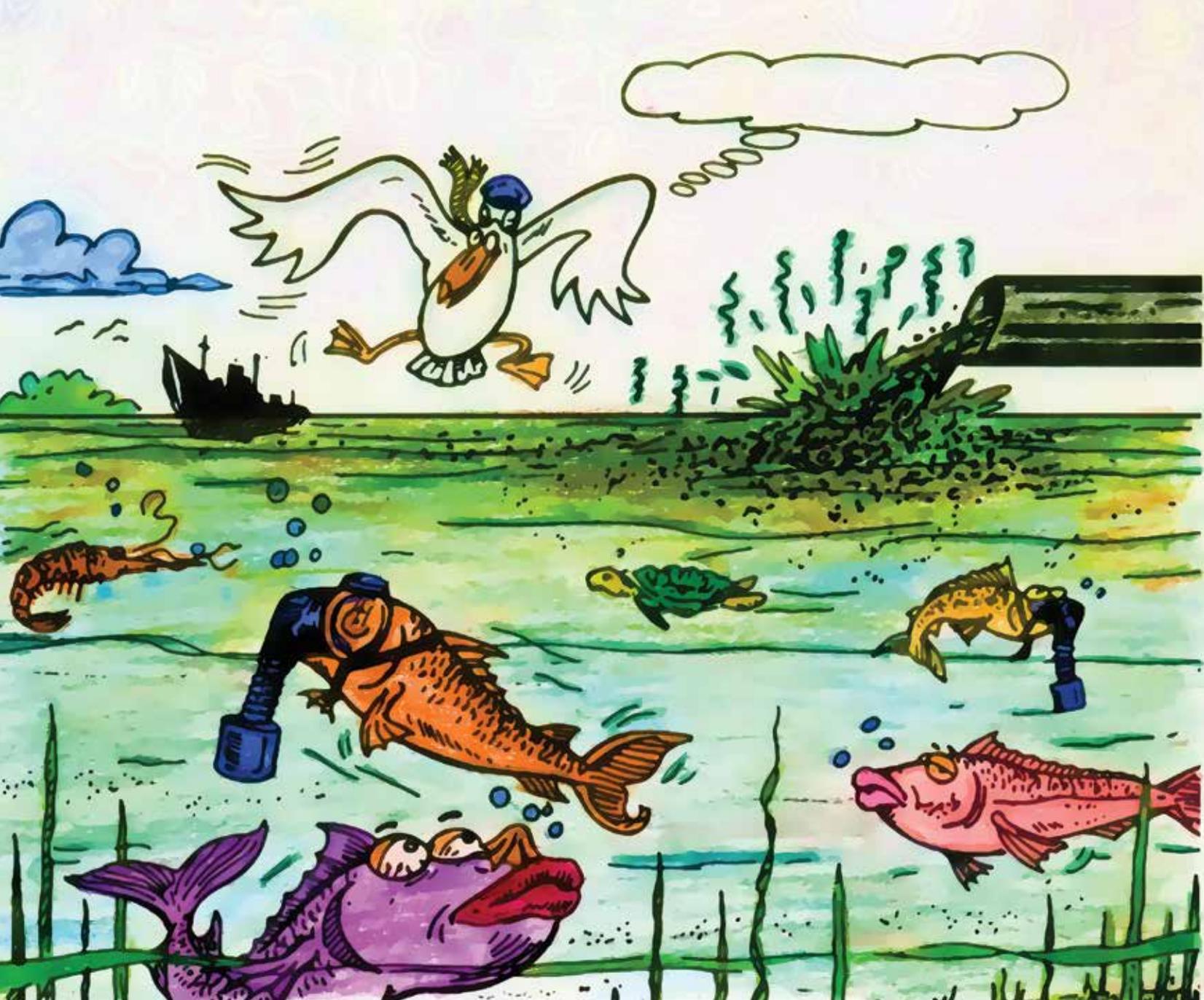
Mientras lo saludaban, un inmenso buque petrolero pasó rozando las rocas del estrecho. El buchón Luis había olvidado lo angosto y cercano que pasaban las embarcaciones por este sitio. Siguió su rumbo original y enfiló por la laguna de Sinamaica. Anhelaba llegar a su sitio preferido para comer los abundantes peces del río Limón.

Recordaba sus aguas frescas, dulces y transparentes. Pero la realidad era otra. Gran parte del río Limón estaba lleno de algas y lemna; tenía poco caudal debido a las talas y quemas en la cabecera del río.



Convertida la laguna en un depósito de algas putrefactas, los manglares mostraban sus patas largas y desnudas porque el agua ya no los cubría. Los peces ya no desovaban allí. Y, a pesar de llevar más de cuatro horas de vuelo, el buchón Luis continuó su viaje y no intentó buscar comida.

—¡Vámonos de aquí, esto es horrible! —decían los peces—, no podemos tener nuestros hijos en estas condiciones.



El buchón Luis se fue a buscar su sustento en la isla de Toas.

Pero qué decepción se llevó. Una inmensa tubería de aguas negras contaminaba todo, causando putrefacción y ahuyentando a los peces.

—¡Mejor me largo de aquí! —se dijo.

—¡Pobres criaturas! —pensó.

En ese momento sintió náuseas y alzó vuelo.



Se topó con los manglares de la isla El Pájaro, uno de los ecosistemas más importantes del Lago.

—¡Esto es un paraíso tropical! –dijo emocionado.

—Aquí sí nacerán nuestros hijos sanos y saludables –comentaban los peces.

Se dio su banquete con los camarones que encontraba muy cerca de la superficie.

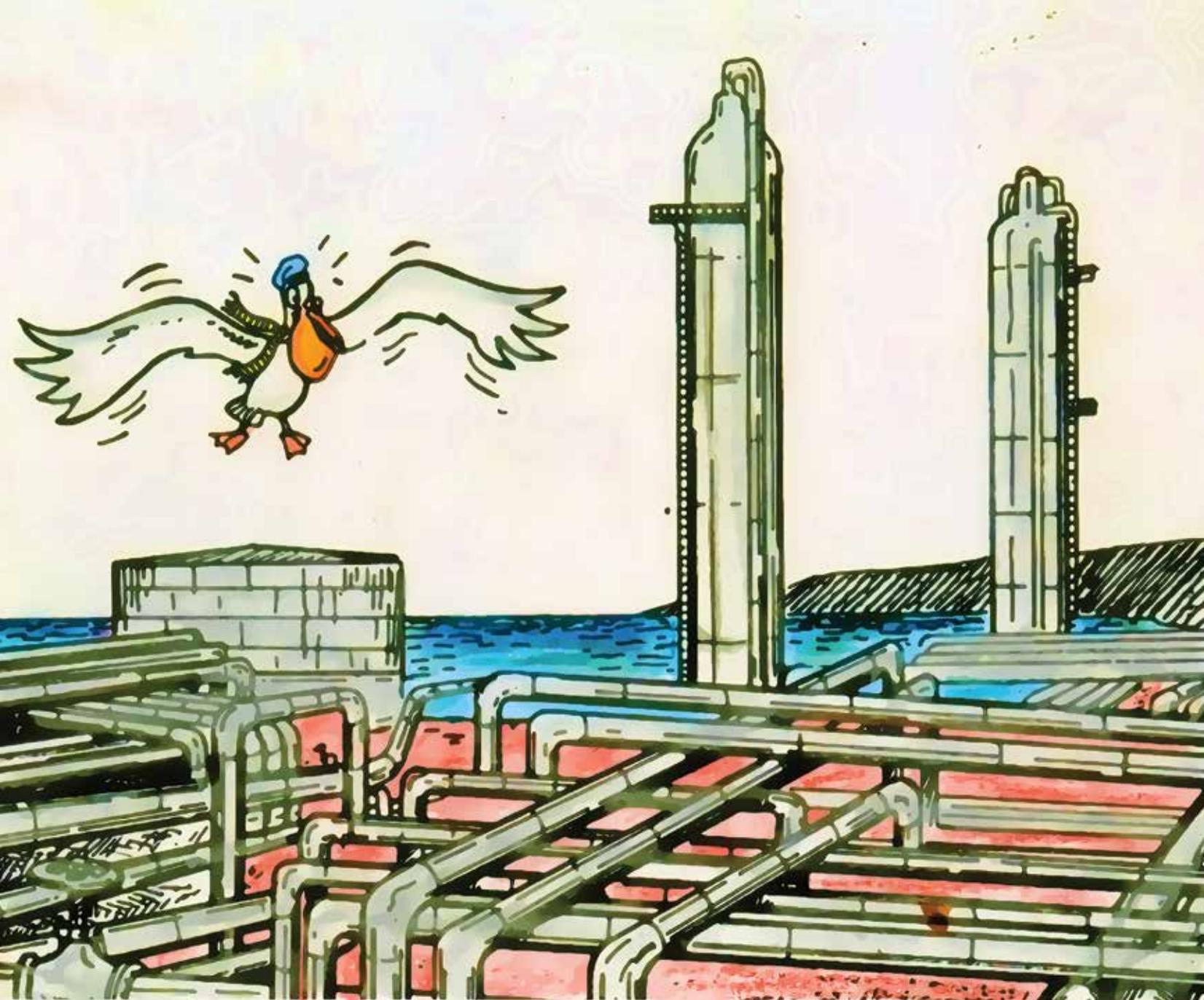
—“Barriguita llena, corazón contento” –decía.

Luego, decidió partir.



Una inmensa torre de fuego vomitaba largas llamaradas. El humo le irritaba los ojos y la garganta. Era amoníaco lo que respiraba. Decidió bajar para alejarse del humo.

—¿Dónde habrá un frasquito de colirio por aquí? ¡cos... cos...!



Y se encontró con una intrincada red de tubos que parecía una inmensa telaraña de acero e hierro.

—¡Qué araña tan fea! —exclamó. Por aquí tenía Iván su rancho ¿qué se habrá hecho?



Los únicos en el lugar eran unos hombres con cascos abriendo y cerrando tubos.

—¿Qué es esto, Dios? —se preguntó el buchón Luis.

Dedujo que si esa araña no le hacía daño a los humanos, a él tampoco.

Vio en la orilla del Lago unos gigantescos barcos que se llenaban de algo desconocido para él.

—Me voy a acercar, —se dijo.



Se dio cuenta que estaba en la Petroquímica El Tablazo, el “coco” de todas las aves de la zona.

—¡Ay mamacita, ya sé que es esto, me voy antes de que me agarre la Pelona! —exclamó.

El buchón Luis se asustó en serio.

En los primeros tiempos de la Petroquímica, sus plantas descargaban todos los residuos al Lago. Llenando el aire de cobre, mercurio y vanadio.



Recordó la desagradable experiencia de su primo Pedro, cuando era un joven buchón y apuesto galán:

—¡Los reto a atravesar el humo! –gritó esa vez el primo Pedro–; ¡soy el mejor!



—¡Qué apuesto! ¡Qué papirruqui! —decían las buchonas.

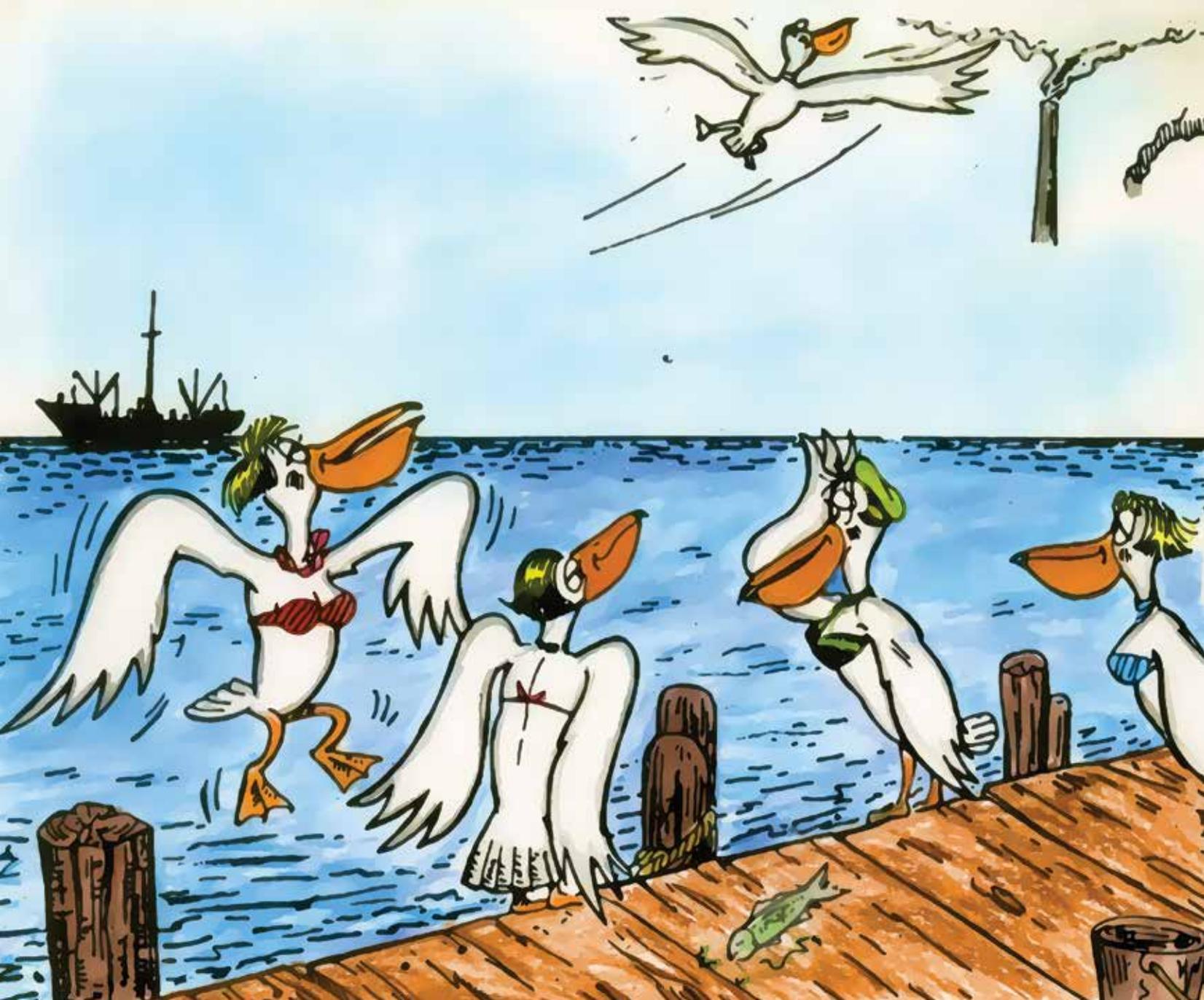
Todos pavoneaban con sus juegos suicidas ante las buchonas del momento. Esto los atrapaba en retos peligrosos.



—¿A que no váis vos? ¿A que no váis? –se gritaban los enamorados.

Querían conseguir pareja sin cortejar a las buchonas. Para lograrlo, la prueba era pasar cerca de la chimenea por mucho tiempo.

—Esto es pan comido –vociferaba uno de los valientes.



Para algunas buchoncitas estudiosas y de buen sentido común, estos juegos eran una estupidez.

—A esos idiotas el cerebro les va a quedar más chamuscado de lo que lo tienen
—comentaban.

—No tienen cerebro, sino una nuez —decía una.

—¡Ese es un verdadero buchón! ¡Qué guapo! —replicaban las enamoradas.

—Yo con debiluchos no me caso —le respondían.

—Ni yo —suspiraba otra buchona.



Otras buchonas consideraban que esos juegos eran “lo máximo” para demostrar la valentía y conquistar su amor.

—¡Vamos, demuestren qué tan buenos son! —arengaba el buchón Pedro.



Sin embargo, Pedro no estaba solo, había dos buchones más perdidos en la belleza de Perla, la buchona más hermosa de la Costa Oriental del Lago. Los jóvenes buchones se peleaban por su amor.

—Aléjate de ella, percusio —dijo uno.

—Basta, estúpidos, yo la vi primero —gritó Pedro.

Así pasaron varios días discutiendo. Hasta que Perla se quiso casar y dijo:

—Si alguno de ustedes se quiere casar conmigo, tiene que atravesar la chimenea.



Pedro era el más enamorado y salió primero. Para que nadie lo imitara, atravesó por todo el centro de la chimenea.

—Esto es más fácil que darle un picotazo a un borracho. ¡Por ellas aunque mal paguen! —gritó.

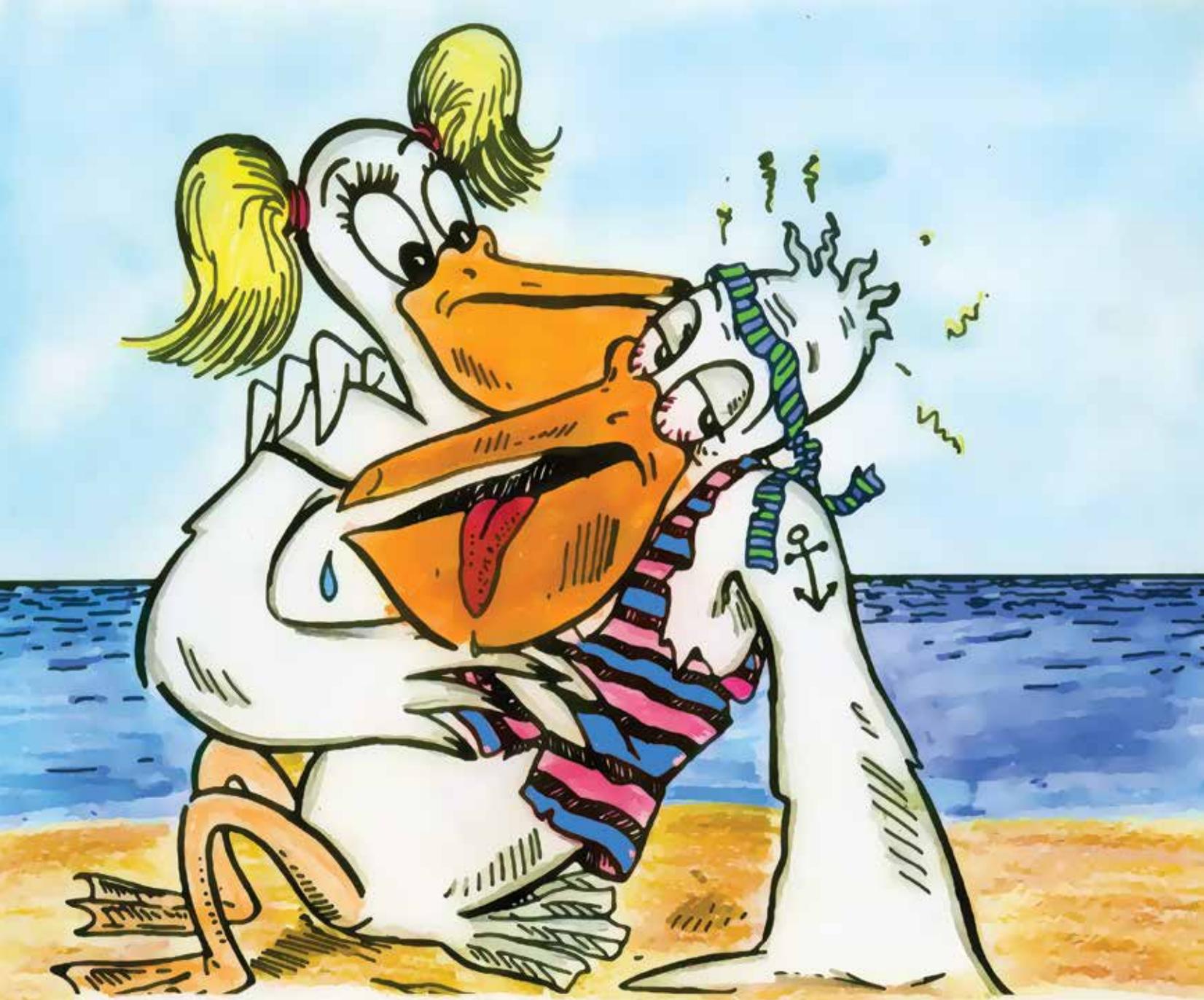
Desgraciadamente en el momento que atravesaba la chimenea todo estalló.

—¡Ay mamacita!



Bajó todo chamuscado y caminó por toda la orilla buscando a Perla.

—¡Cos... cos...! De esta creo que no me salvo ¡ay ay ay!



Cuando Perla lo vio, dijo:

—¡Oh! ¿Qué le pasó a mi héroe?

—Soy el que... ¡cof! soy... no hay nadie ¡cof! ¡como yo! ¡soy lo máximo!

—Yo no hago eso ni loco –comentaban los otros buchones.

—¡Este sí es bobo! –se burlaban.

—Ay mamacita ¿dónde estoy? –murmuraba Pedro.

Cuando recuperó el conocimiento creyó estar ante el todo poderoso.



Tres meses después no respiraba bien ni podía tener cría y fue al médico.

—Doctor, dígame que me voy a curar.

El médico lo examinó pero no le dio ninguna respuesta.

Al salir del consultorio alzó vuelo y gritó:

—¡No aguanto más! ¡ufffffff! ¡me voy a caer!

Ya no podía volar largas distancias.



—¡Cof! ¡cof! ¡glub... glub!

Tampoco podía pescar en el Lago.

—A que no me atrapa... —jugaban los peces entre sí.



—¡Pedazo de vago! ya ni comida queréis traer —le reclamaba Perla.

Ella tenía que buscar el sustento diario.



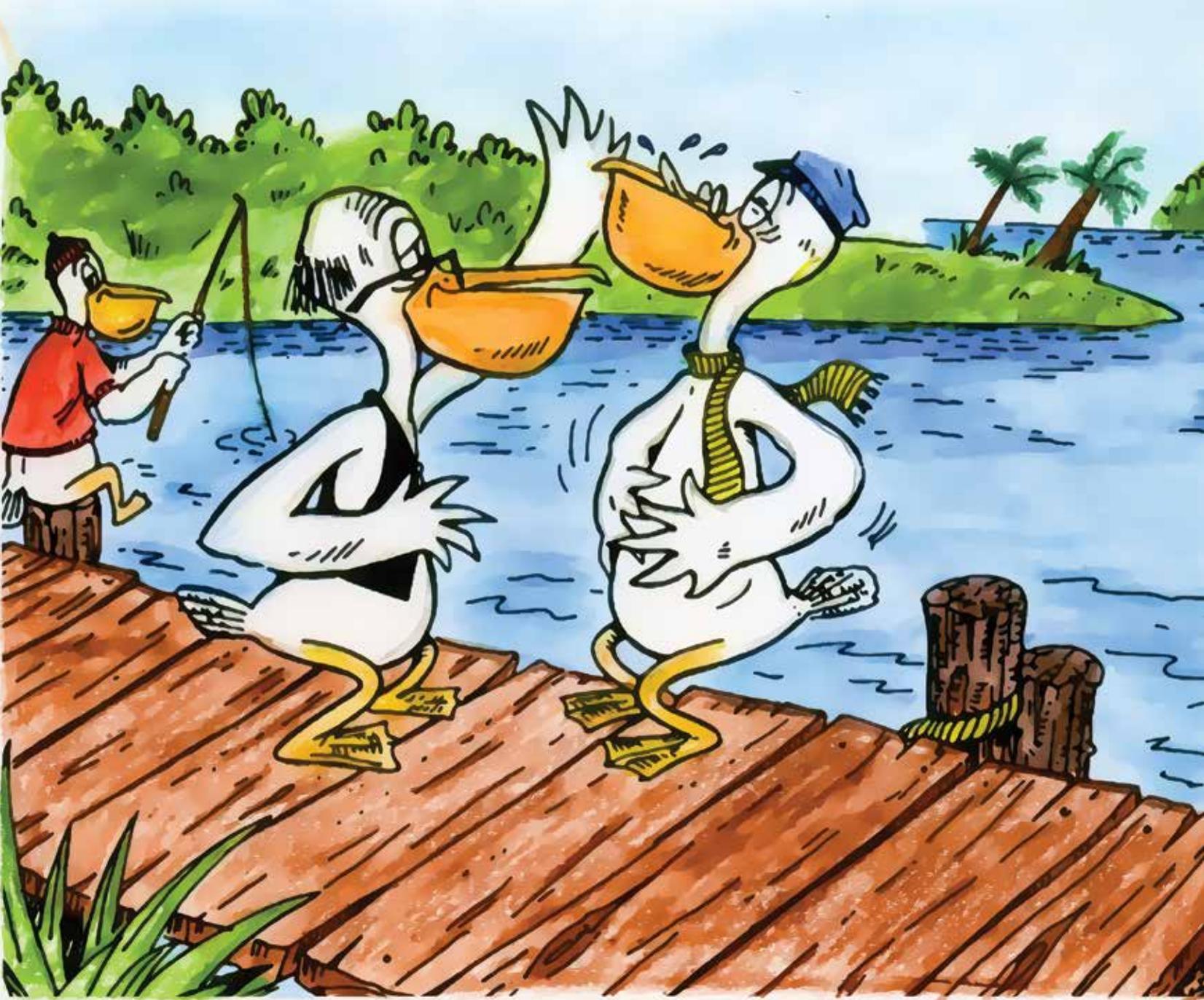
—Si hubiera sabido que... ¡snif! —pensaba el pobre Pedro, renqueando con un bastón.

En cuestión de meses se convirtió en un buchón viejo y decrepito, sin fuerzas. Todo por una de guapetón.



Pero el buchón Luis tenía que seguir su viaje y dejar atrás los malos recuerdos.

Luego, se dirigió hacia la ciénaga de Los Olivitos a visitar a su hermano Octavio.



—Hermano, de haber sabido que venías te hubiera preparado la bienvenida con todos los muchachos del barrio, y una buena papa porque aquí lo que abunda es la comida —dijo Octavio.

—¡Se me hace agua el pico! —respondió el buchón Luis.



En Los Olivitos se ubica la principal maternidad del Lago, y los peces dan a luz en sus aguas.

—A ver... ¿quién sigue? —comentan.

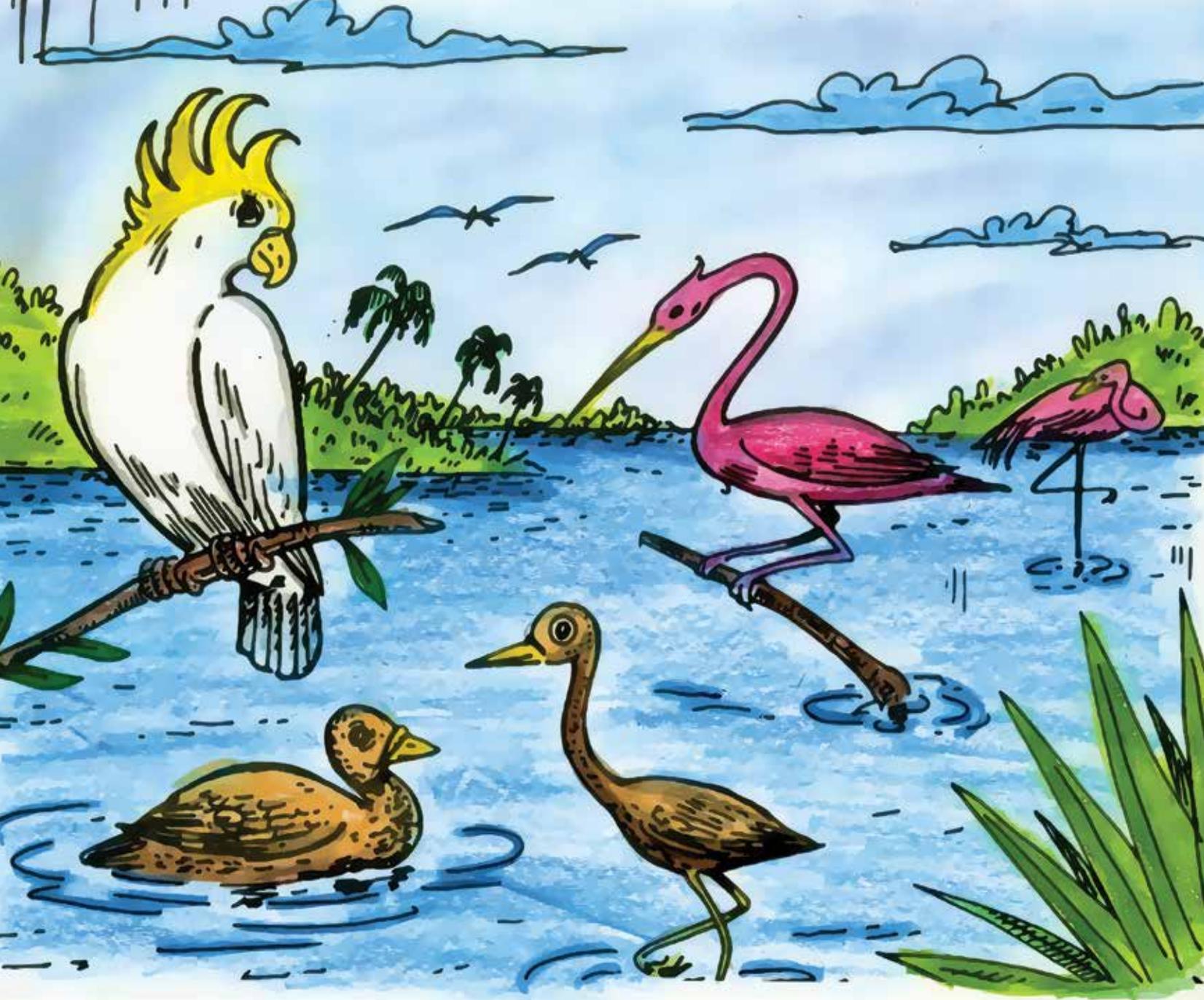
—Yo llegué primero, atiéndame a mí que voy a parir.



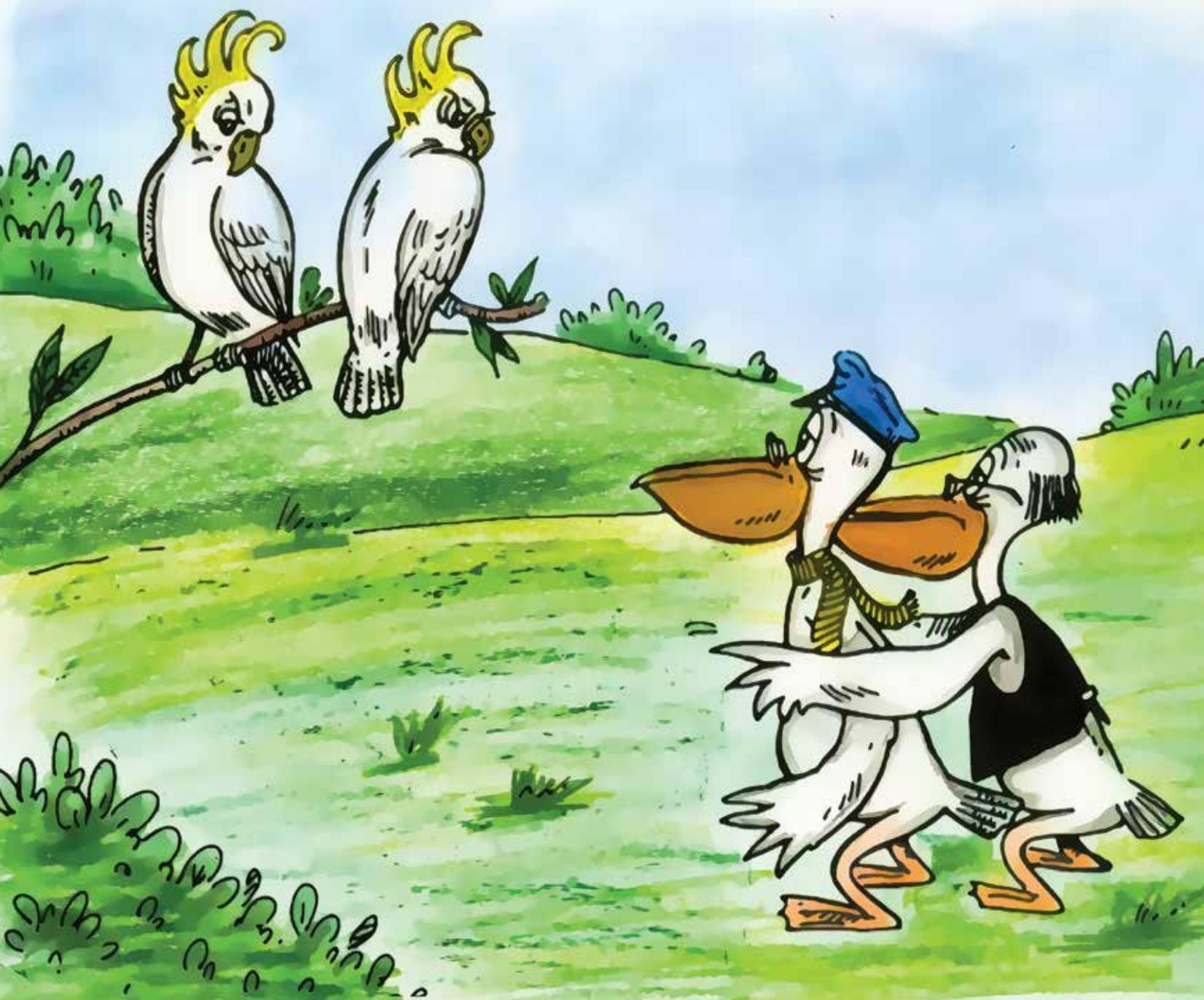
Mientras, en el restaurante de Octavio se prepara una gran olla de comida.

—Menos mal que me pagan triple —dice un cocinero.

—¡Ponéle más tropezón! —responde otro.



Entre las especies autóctonas de Los Olivitos se cuentan: las garzas blancas, las azules, las morenas y las patiblancas; también las cacatúas, los alcaravanes y los patos.



—Tené cuidado que están hambrientas y nos pueden ver como sus almuerzos
—advierde Octavio.

El buchón Luis se queda viendo las cacatúas que sirven para localizar culebras, tortugas, iguanas y lagartijas.

—No las miréis mucho que te mandan preso... son muy delicadas —le dice Octavio.



Pero sobre ese paradisiaco paisaje pesa el avance tecnológico del hombre.

—¿Véis, Luis, aquellos hombres que están allá con esas palas gigantes?

—Sí, los veo, Octavio.

—Son de la industria de sal. No te acerquéis porque quedáis embalsamado para los tiburones.

Ante la contaminación, los peces han perdido su agua dulce.



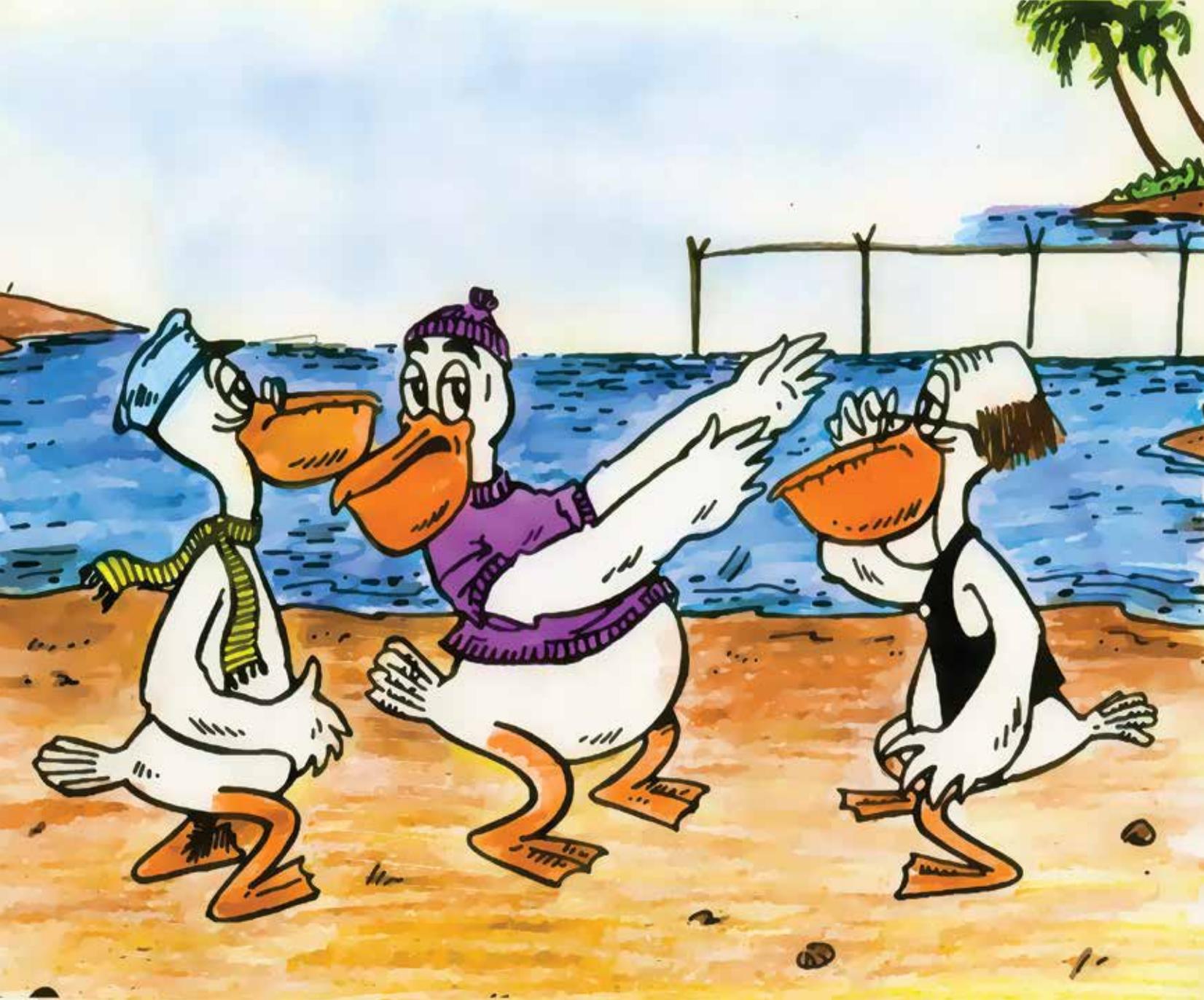
—El día que lleguen más camiones y tractores se nos acaba el negocio turístico —dice Octavio.

Algunos habitantes de Los Olivitos se acercan para conversar:

—!Y tendremos que emigrar!

—¿Véis aquella cerca en el agua? Eso es una camaronera, el único alimento que vamos a tener en poco tiempo —le dicen a Octavio.

—¿Por qué va a ser el único? —pregunta el buchón Luis.

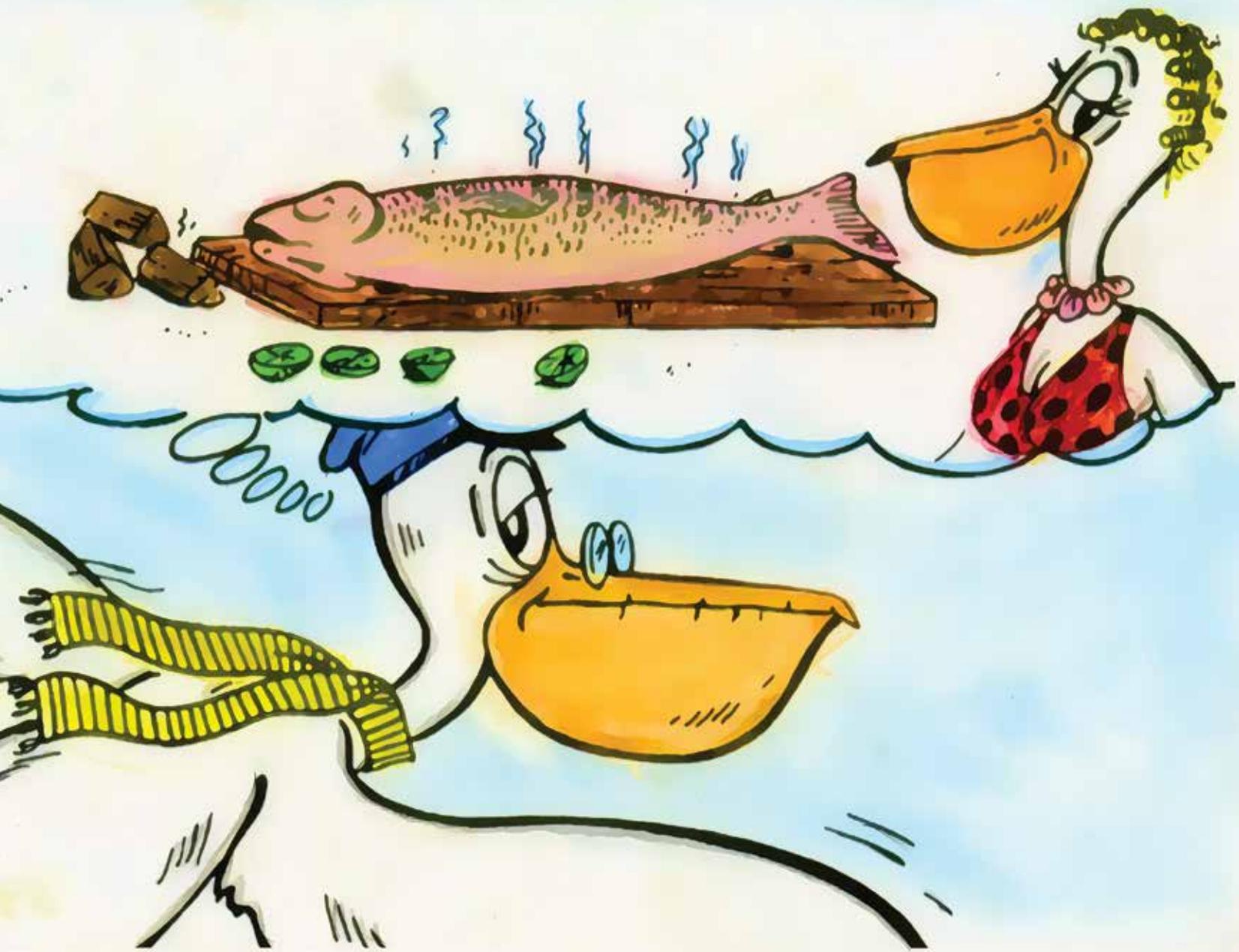


— Si esta empresa extiende su área de influencia, peligrará el ecosistema y será lo único que crecerá en Los Olivitos. El hombre está construyendo varias haciendas de camarones por este sector.

El buchón Luis se sintió muy triste ante esa situación y quiso seguir viajando.

—Octavio, tengo que continuar, despídeme de los muchachos.

—Con gusto, hermano, ¡feliz viaje!



Su nuevo destino estaba en Cabeza de Toro. Desde hace mucho tiempo vivía allí su prima Carla.

—El pescado más sabroso del mundo para mí es la lisa, por eso yo no me mudo de aquí —solía comentar Carla.

Pero a medida que el buchón Luis se acercaba, no reconocía el paisaje.



Al llegar a tierra firme encontró dos viejos y desgarrados zamuros que le echaron el cuento:

—Esa Carla se fue hace años, después que se contaminó por estar comiendo lisa con parásitos –dijo uno.

—Los humanos de esta zona nos proporcionan la cremita de cada día –comentó el otro.



En esos días, algunas personas preocupadas por el ecosistema comenzaron a hacer campañas educativas para evitar la desaparición de las especies.

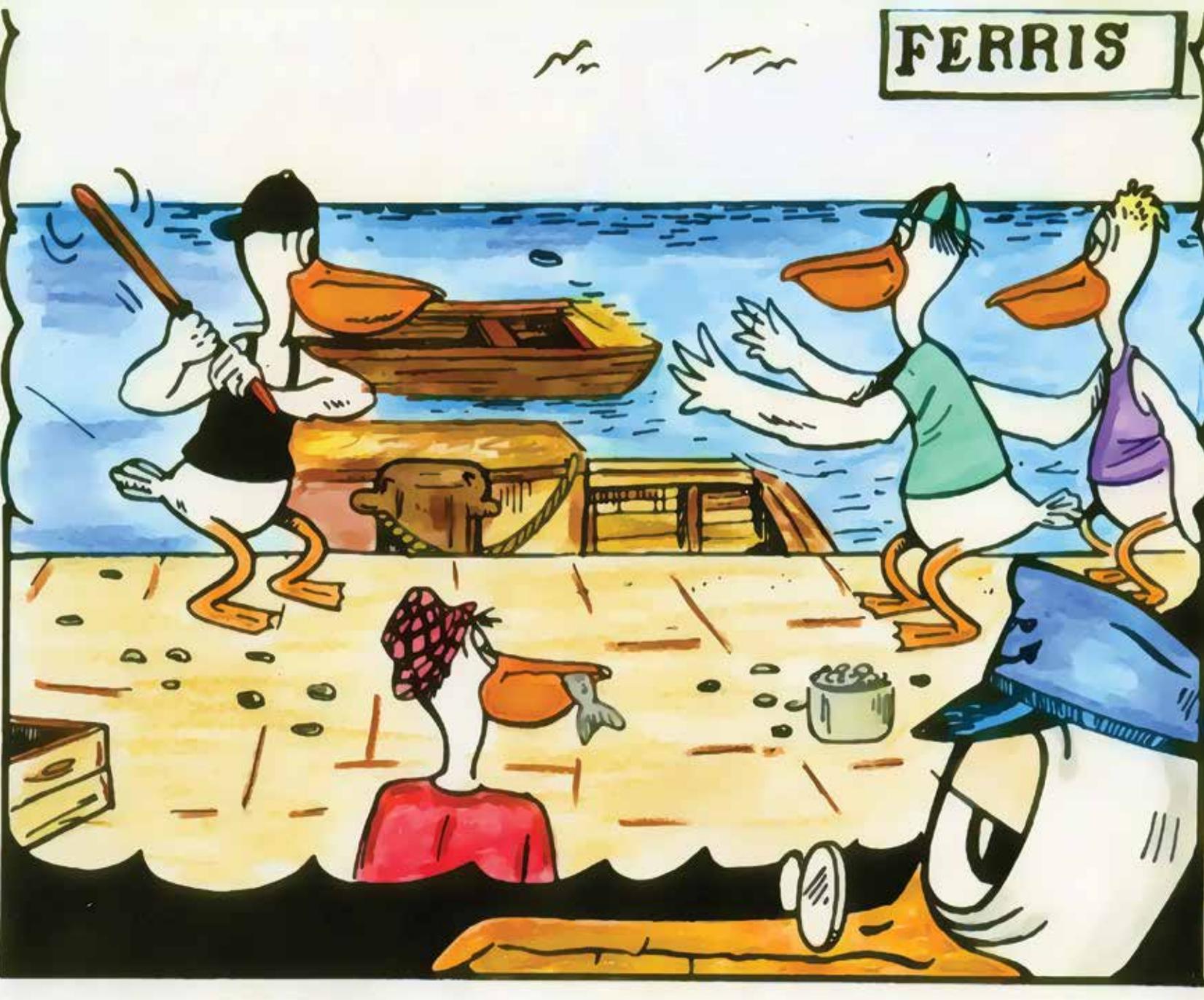
—¡Esto no lo podemos seguir haciendo así! —era su consigna.

El lugar estaba plagado de criaderos de cochinos y decidieron mudarlos.

Pero la mayoría de los criadores se quejaban y no querían mudarse.

—¡A mí no me interesa! yo crío mis cochinos aquí y ya —gritaban.

FERRIS



Al ver tantas peleas, el buchón Luis pensó:

—Ellos son blancos y no se entienden.

La cercanía a Maracaibo le hacía revolotear en su memoria las historias de sus abuelos en el muelle de Los Buchones.



Allí se reunían cientos de aves, de manera especial, sus parientes los buchones. El buchón Luis recordaba los momentos cuando comía helados con las jóvenes buchonas, las aves se contaban por centenares y peleaban por espacio.

En el muelle, las madres paseaban con sus hijos cuidando que no se perdieran.

—No se desperdigen que ya viene su padre con los pescados —decía la buchona.

El alimento que se concentraba en la orilla era la felicidad para los buchones.



Los abuelos que descansaban en las cercanías decían a sus nietos:

—Pesquen debajo de las piedras, allí encuentran cangrejos y más adelante está el banco de camarones.

—Vamos, primo, el abuelo sabe de eso.



La belleza de la vereda del Lago se perdía en sus aguas. Latas, botellas y basura flotaban por todas partes. Y en la orilla, un buchón le hacía señas a Luis para que se acercase. Se trataba de Rufos, un viejo amigo.



—Rufos, mi hermano, este es el último sitio en el que pensé encontrarte. Me dijeron que estabas por Japón.

—Sí, estuve por Japón y Corea, pero regresé para dar una vueltecita y no pude arrancar de aquí. Me tragué un pedazo de aluminio de una lata.

—¿De cuál?

—De esa que ves allí. Y no puedo tragar bien, pura sopita es lo que paso —respondió Rufos.



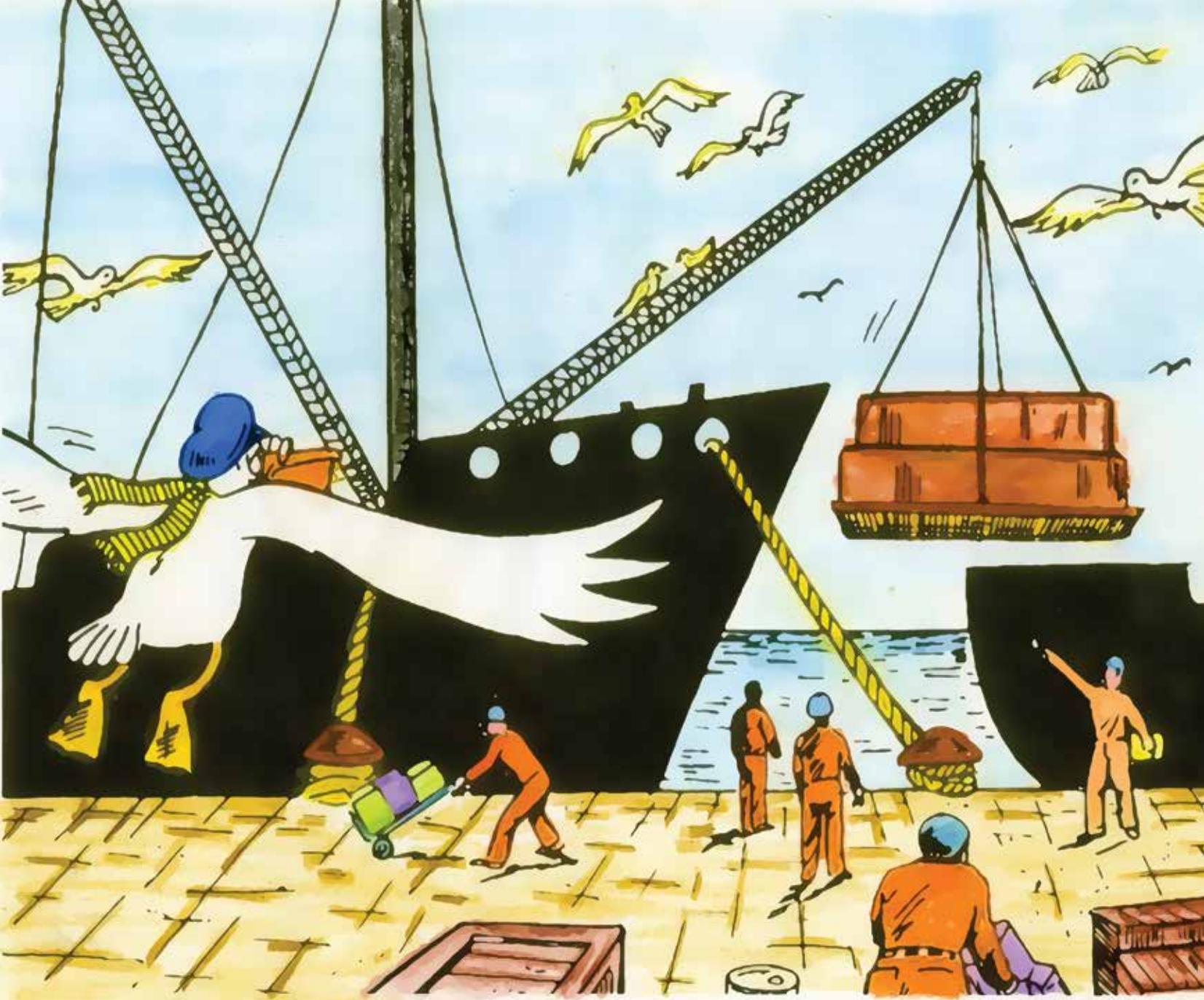
—¿Cómo te pasó eso, Rufos?

—Vos sabéis que pa' los humanos todo lo que brilla es oro, pa' nosotros todo lo que brilla en el agua son peces. Fue un día de feria en la vereda, echaron muchos desperdicios, entre ellos, latas de refrescos. Tenía hambre y ¡puchulum!

—¿Pero eso te impide volar? —preguntó el buchón Luis.

—Por supuesto, por eso estoy recogiendo botellas y latas para vender.

Rufos, también le contó que sus parientes se fueron, y que el muelle de Los Buchones había desaparecido.



Era cierta la historia de Rufos. Cuando el buchón Luis llegó al muelle lo único que veía era grandes barcos cargando y descargando, y palomas por todas partes.



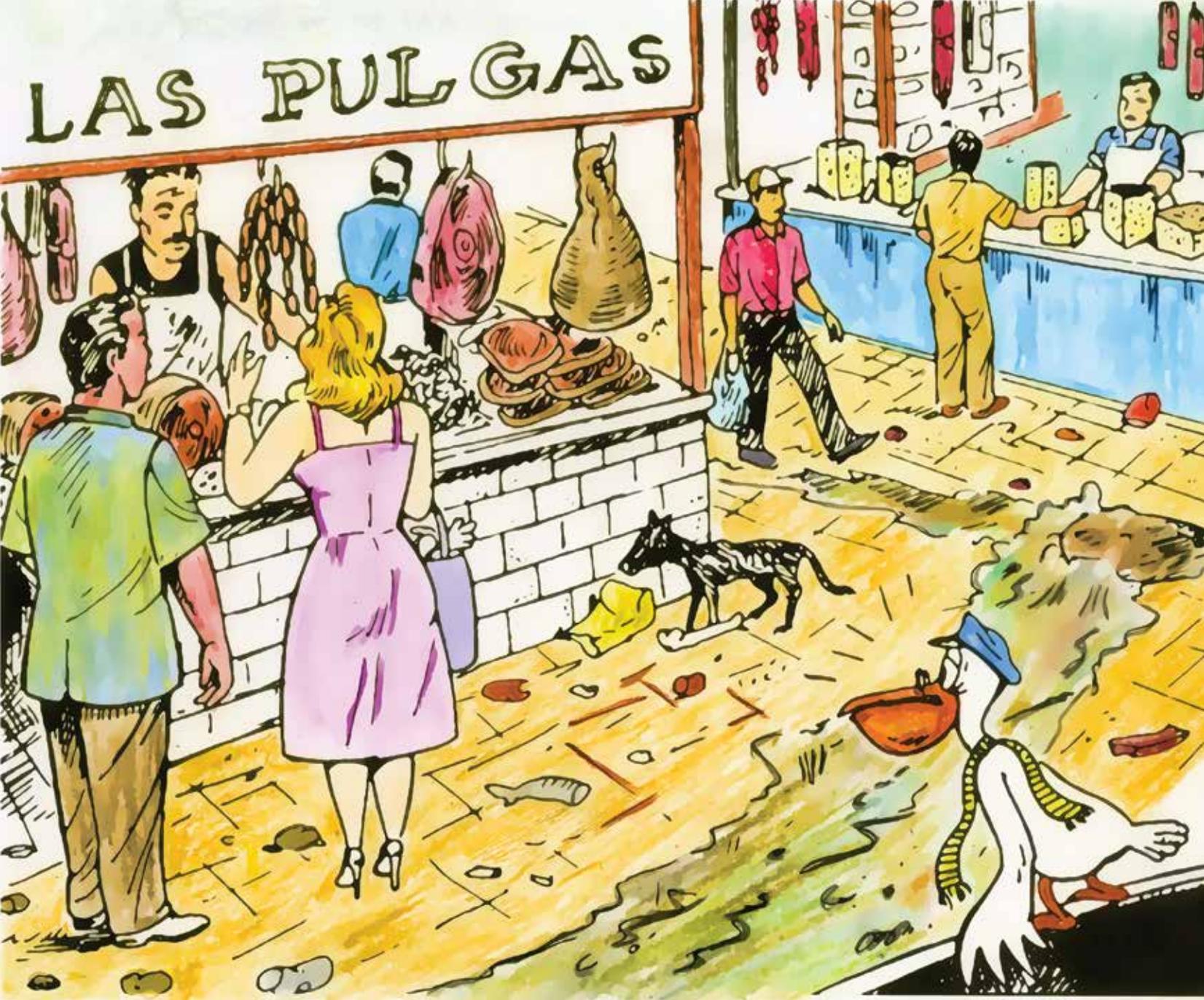
Y en el mercado todo era basura. Estaba lleno de puestos mal ubicados. Las personas compraban y dejaban sus desperdicios.

—Este melón está pasao –se les escuchaba decir.

—No te preocupéis, te lo cambiamos y lo tiramos al Lago –respondían los vendedores.

Eso era lo que quedaba del muelle: vendedores, carros, humo y charcos de aguas negras.

LAS PULGAS



—¡Aquí está el pescado fresquecito! ¡Lleve la verdura barata! ¡Marchante, aquí tenéis el queso bueno! –vendían.

Un verdadero cochinero peor que el de la laguna Las Peonías. Los pasillos de las carnes y de los pescados eran una inmundicia.



Cuando vieron al buchón Luis, algunas personas gritaron:

—¡Esto sí es raro, un buchón, vamos a atraparlo!

—¡Tirále una piedra!

—¡Qué le pasa a esta gente, Dios! —dijo el buchón Luis.



Aquella turba violenta por poco lo mata. Pero los buenos reflejos ayudaron al pobre Luis a escapar.

—¡Qué molleja de maluco sois! Ni le diste –dijo uno de los atacantes a su amigo.

—Déjenlo tranquilo, tiene derecho a vivir como ustedes –respondió una señora.

El buchón Luis escapó ileso y más nunca quiso volver a ese mercado.



A pesar del susto quiso ver cómo estaban los sitios donde sus padres lo llevaban a pescar.

—Mientras tengamos camarones, lisas y corvinas, de aquí no nos vamos —le decía su padre en esos tiempos.

En medio de tantos recuerdos, sus ojos se entristecieron. Sus alas apesadumbradas ya no sabían a donde volar.



—Esto no es lo que dejé... desagües de cañerías, suciedad, putrefacción. ¡Qué horror!
—pensó.

Pero como dice el refrán: “Una cosa piensa el burro y otra el que lo va a montar”.

Más de ochocientas empresas que bordean el Lago botan sus residuos a las aguas.
Para Luis, los humanos le han dado la espalda a la naturaleza.

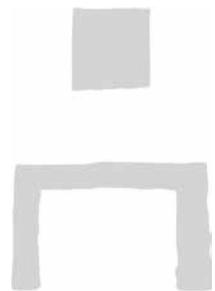


El buchón Luis sentía nostalgia por todo lo destruido, en sus ojos ya no se reflejaba la belleza de la naturaleza. Sin embargo, no todo estaba perdido. A lo lejos, el horizonte conservaba los colores. En el Lago, la vida se resistía a desaparecer.

Más allá de la contaminación y del enjambre de industrias, al buchón Luis lo estaban esperando Julio, el caimán del lago y, Martín, el manatí; ambos, con ganas de contar la aventura de sus vidas, y cómo han podido conservar los 200 mil kilómetros cuadrados de mangle.

El Lago aún está vivo.

EDICIÓN DIGITAL
ABRIL, 2018
CARACAS-VENEZUELA



El lago del buchón Luis

Es el encuentro con las tierras del origen para un aventurero pelicano que, como aviador nostálgico o piloto lleno de gracia, aterriza en su añorado Lago de Maracaibo tras los pasos de su infancia. Este regreso debería implicar motivos de felicidad para el ave y amigos de antaño. Pero detrás de los frescos recuerdos lo estarán esperando inmensos buques petroleros y una sombra de gases tóxicos. El muelle de Los Buchones era una extinta fotografía en la memoria. Con sus alas cargadas de lágrimas y sumergido en un mar de dudas, el buchón Luis recorrerá las viejas islas y la transitada vereda del Lago, esquivando torres de fuego y un enjambre de tubos e industrias de la contaminación, buscando algún tesoro en un último manglar.

Siglic Gutiérrez (Maracaibo, estado Zulia, 1952)

Periodista, escritor e investigador. Magíster en Ciencias de la Comunicación y la Información.

Exprofesor de la Escuela de Comunicación Social de URBE. Miembro del Centro de Investigación Comunicación e Información de LUZ. Asesor de la Unesco en el área de TIC para América Latina y el Caribe. Premio Regional de Periodismo Científico (1999), Premio Regional de Investigación y Docencia de la Gobernación del estado Zulia (2003 y 2005).

Premio Municipal de Periodismo en Investigación y Docencia del Concejo Municipal de Maracaibo (2003 y 2005). Orden Ciudad de Maracaibo en su Primera clase 2006. Autor de los libros *Autonomía y teatro en el Zulia del siglo XIX* (1990), *Edición de la información* (en coedición, 2004) y *La interpretación periodística en el tercer milenio* (2006).

Alí Giovanni Ferrer (Maracaibo, estado Zulia, 1946)

Ilustrador, dibujante técnico y publicitario. Desde muy temprana edad desarrolló una afición por el dibujo, especialmente por el cómic. Graduado de la Escuela de Arte "Julio Arraga" (Maracaibo, 1973). Aficionado a la lectura de historietas y a la conservación ecológica. Ha desarrollado varios cuadernos gráficos en su trayectoria artística.

